

Cervantes frente a Felipe II: pastores y cautivos contra la anexión de Portugal

ANTONIO REY HAZAS

Es de sobra conocido el nacionalismo que define las primeras creaciones dramáticas cervantinas, *Los tratos de Argel* y *La Numancia*, pero no lo es tanto el castellanismo de su primera obra en prosa, *La Galatea* (1585), contemporánea de las otras dos; y menos aún la comunidad que existe entre la tragicomedia argelina y la narración bucólica mencionadas, unidas por su común rechazo de una política imperialista que postergó todo a la incorporación de Portugal a la monarquía española. Ambas obras, a pesar de las enormes diferencias de concepción estética, género literario y argumentación temática que las separan, se hermanan en la crítica larvada de la política anexionista de Felipe II contra Portugal, aunque por motivaciones diferentes. Por eso sitúan su acción en los aledaños de 1580, en contraposición frontal con la tragedia numantina, ubicada mil setecientos años atrás, y por ello de significado político distinto al de las otras dos obras, que son las que me interesan ahora; nacionalista también, pero sin referencia alguna a la cuestión lusitana.

EL CASTELLANISMO DE *LA GALATEA*

El caso más complejo es, sin duda, el de la égloga en prosa que abre la carrera narrativa de nuestro autor, a partir ya de sus constantes imitaciones de Garcilaso de la Vega. El garcilasismo aparece, en efecto, por todos lados en la primera novela de Cervantes, pues tanto su verso como su prosa mantienen con frecuencia el eco vivo del príncipe de la poesía española. Veamos algunos ejemplos: la obra empieza de hecho con el siguiente verso: “Mientras que al triste, lamentable acento” (I, 31), que suena cercano a éste de Garcilaso de la

Vega: “con *triste y lamentable* son se queja”, al igual que el cuarto verso del mismo poema inicial, “responde *el monte, el prado, el llano, el río*”, recuerda al garcilasiano “la tierra, el campo, *el río, el monte, el llano*” (*Égloga II*, v. 1721, p. 188). Poco después, Elicio canta a “La *blanca* nieve y *colorada rosa*” (I, 40), a imitación de “el *blanco* lirio y *colorada rosa*” garcilasiano (*Égloga I*, v. 103, p. 123). En boca de Tirsi aparece: “Por medio de los *filos de la muerte*” (II, 110), y en Garcilaso: “a los agudos *filos de la muerte*” (*Égloga I*, v. 262, p. 128). A Silerio se le atribuye este verso; *que estoy muriendo y aun la vida temo* (II, 111), exactamente igual al garcilasiano: *Estoy muriendo, y aun la vida temo* (*Égloga I*, v. 259, p. 128). Ya en el libro III, Mireno se refiere a “saldrá con la *doliente ánima fuera*” (152), verso que reproduce el siguiente del vate toledano: “echa con la *doliente ánima fuera*” (*Égloga II*, v. 606, p. 153). Asimismo, “del *áspero rigor* suyo terrible” (III, 175) evoca al soneto XXXI de Garcilaso, cuando dice: “en *áspero rigor* y en gran tormento” (p. 67), al igual que “oh, más que la belleza misma bella” (IV, 216) trae a la memoria “más que la misma hermosura bella” (*Égloga II*, v. 172, p. 140). Un verso del libro V cervantino reza así: “No os pido que vengáis *dulces, sabrosas*”, y otro de la *Égloga III* de Garcilaso le precede parcialmente: “Flérída, para mí *dulce y sabrosa*” (v. 305, p. 205), como sucede con “en mi daño conjuradas” (v. 279) y el verso 4 del soneto X garcilasiano: “en mi muerte conjuradas” (p. 46). Para mayor abundamiento, en fin, Lenio glosa en el libro VI (402-403) uno de los más conocidos versos del poeta toledano: “¡Oh, más dura que el mármol a mis quejas” (*Égloga I*, v. 57).

Pero no sólo la poesía de la *Galatea* es a menudo garcilasiana, sino que también la prosa, lo que es más significativo, se sustenta con frecuencia de los versos del príncipe de la poesía castellana. Pondré sólo un ejemplo: para encarecer el canto de Galatea (I, 60-61), Cervantes dice que “con más justa causa se pudieran parar los brutos, *mover los árboles* y juntar las piedras a escuchar *el suave canto y dulce* armonía de Galatea, que cuando a la cítara de Orfeo, lira de Apolo [...]”. Palabras en las que resuena el soneto XV de Garcilaso, que hace la misma comparación cuando se refiere a que “con más piedad debería ser escuchada” (v. 12, 51) su queja que la de Orfeo. Pero no se detiene ahí la imitación, puesto que en ese mismo soneto, y a propósito de Orfeo, un verso reza así: “*los árboles movieron* con su canto”, y en la *Canción V*, asimismo: “con el *suave canto* enterneciese / las fieras alimañas, / *los árboles moviese...*” (vs. 7-9, p. 93), y en la *Égloga II*, “con *el suave canto y dulce* lira” (v. 1.162, p. 170). La emulación prosística de la poesía garcilasiana es evidente, y prosigue dos líneas más abajo, donde dice el texto cervantino lo siguiente: “y las *hermanas, negras* moradoras del hondo caos, a la estremada voz del incauto amante se ablandaron”, en rememoración órfica de la *Égloga II* de Garcilaso, posiblemente de estos versos: “como hizo *el amante* blandamente / por la consorte ausente que cantando / estuvo halagando las culebras / *de las hermanas negras*, mal peinadas” (vs. 942-945, p. 163).

¹ Cito siempre por la ed. de Elías Rivers, Garcilaso de la Vega, *Poesías castellanas completas*, Madrid, Castalia, 1969. A partir de ahora pondré, dentro del texto, la referencia a esta ed. En cuanto a *La Galatea*, todas las citas se refieren a Florencio Sevilla y Antonio Rey Hazas, Miguel de Cervantes, *Obra Completa. II. Galatea. Novelas ejemplares. Persiles y Sigismunda*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1994.

Estos breves apuntes demuestran la considerable impronta de Garcilaso de la Vega en la novela cervantina, que se constituye así en homenaje expreso al poeta toledano. Y aunque a veces hay versos exactamente iguales, como hemos visto, ello no implica plagio alguno, pues, como dirá el propio Cervantes años después, en la *Adjunta* en prosa al *Viaje del Parnaso* (1614), “no ha de ser tenido por ladrón el poeta que hurtare algún verso ajeno y le encajare entre los suyos, como no sea todo el concepto y toda la copla entera, que en tal caso tan ladrón es como Caco”². En consecuencia, descartado el plagio, resulta evidente que Cervantes deseaba que sus lectores estableciesen nexos entre su obra y los poemas del iniciador del petrarquismo en España, muy celebrados y conocidos por todos a la altura del año 1585, pues hacía más de 40 años que se habían publicado.

La novela cervantina, además, insistía en su garcilasismo explícito por otros medios, dado que Galatea era también uno de los personajes fundamentales de la *Égloga 1ª* del toledano, sólo que mucho más dura con las quejas de Salicio que la cervantina con los lamentos amorosos de Elicio, nombre que, en este contexto, suena de inmediato al otro, al Salicio garcilasiano de dicha égloga, de cuya fonética sólo le separa la primera sílaba. ¿Se esconderá Garcilaso tras el nombre del personaje cervantino, que tan parecido es al de su heterónimo? Quizá en algún momento sea así, pues, ¿qué lector de Garcilaso no había de relacionar de inmediato a Elicio-Galatea con Salicio-Galatea, en una obra que, además, era un homenaje constante al poeta toledano? En la época se pensaba que solo Salicio era el *alter ego* de Garcilaso, pues se creía que Nemoroso representaba a Boscán. El propio Cervantes así lo manifiesta en el *Quijote de 1615*, cuando hace decir a su héroe que “ya el antiguo Boscán se llamó *Nemoroso*” (lxvii, 1060). No obstante, la relación entre Elicio y Garcilaso es solo ocasional, fugaz, si existe, y en ningún caso permanente, porque está en función de que el eje novelesco Elicio-Galatea sea, eso sí, la expresión más clara del homenaje que la obra hace al gran lírico.

Las abundantes resonancias de Garcilaso de la Vega son, por tanto, consciente y voluntariamente buscadas por Cervantes. ¿Con qué objeto? Para que se viera que su ámbito pastoral era el mismo que el del poeta toledano, era “el dorado Tajo” y se situaba en las proximidades de la ciudad imperial. Nada más lógico, entonces, que mostrar a sus lectores de manera clara la continuidad de su mundo con el de Garcilaso, dado que éste había sido el brillante y magnífico iniciador de la bucólica del Tajo, y nuestro incipiente novelista quería situarse en la tradición pastoril de las mismas riberas, con el objeto de unir a ellas las de su Henares.

Se trataba de utilizar un espacio ya prestigiado por la tradición del gran lírico, que había fundido en él sin disonancias el mundo mítico de la bucólica con el mundo real de las cercanías de Toledo, donde se ubica la topografía real de la *Galatea*, pues Silerio al acabar su relato, dice: “finalmente, he venido a la ciudad de Toledo” (III, 158). Y allí aguarda, en las riberas de su río, porque la familia de las napolitanas Nísida y Blanca era originaria de esa ciu-

² Cito por Florencio Sevilla y Antonio Rey Hazas, Miguel de CERVANTES, *Obra Completa*, III. *Ocho comedias y ocho entremeses. El trato de Argel. La Numancia, Viaje del Parnaso. Poesías sueltas*, Alcalá de Henares, 1995, pp. 1355-1356.

dad. Y allí acuden, en efecto, las dos damas y Timbrio; y todos juntos optan finalmente por “partir a la ciudad de Toledo, donde había de ser el fin de su viaje” (VI, 408).

La alabanza de las riberas garcilasianas es desmedida, tanto desde una perspectiva realista como desde una óptica fabulosa. Timbrio, un caballero ajeno a ese mundo, pero que ha acumulado una gran experiencia, a causa de sus múltiples viajes, sirve a las mil maravillas para contrastar y valorar, desde la realidad española e italiana, “la incomparable belleza destas frescas riberas”, que le dejan maravillado, no obstante haber visto “las espaciosas del nombrado Betis y las que visten y adornan al famoso Ebro y al conocido Pisuer-ga, y [...] las del sancto Tíber y las amenas del Po [...], sin dejar de haber rodeado las frescuras del apascible Sebetó” (VI, 332). Elicio, desde dentro de la Arcadia, desde el mundo mítico de la tradición bucólica, acentúa todavía más el elogio de las riberas del Tajo, superiores en frescura y amenidad incluso a las mitológicas y griegas “del apartado Janto, y del conocido Anfriso y el enamorado Alfeo” (332), porque en ellas, “en cualquier sazón del año” existe una fantástica primavera propia de la paradisíaca edad de oro, “con la hermosa Venus en hábito subcinto y amoroso, y Céfiro que la acompaña, con la madre Flora delante” (333). No es de extrañar, por tanto, que “sus cultivados jardines” sean superiores a los mitológicos “huertos Hespérides y de Alcino”, ni que, “si en alguna parte de la tierra los Campos Elíseos tienen asiento, es, sin duda, en ésta” (333).

Tan rotunda exaltación, simultáneamente realizada desde el mito y desde la realidad, incluye a las riberas del Henares, es decir, al entorno de Alcalá, dado que, como dice Teolinda, el río complutense al “dorado Tajo [...] da siempre fresco y agradable tributo” (I, 65). La continuidad Tajo-Henares configura, en efecto, el ámbito concreto de la primera novela cervantina, puesto que la pastoril se mueve siempre en las riberas de los ríos, a partir ya del Sebetó de Sannazaro, y del Esla-Mondego de Montemayor.

La mitificación bucólica del Tajo-Henares, perfectamente enraizada en la tradición eclógica³, es, asimismo, completamente coherente con el espacio de la realidad española que utiliza, dado que Alcalá formaba parte del patrimonio del arzobispado toledano, por lo que existía una relación muy directa entre la ciudad imperial y la urbe universitaria. De ahí que resulte lógica la aparición de pastoras complutenses en las riberas del Tajo, como Teolinda o Rosaura, en el plano de la ficción pastoril pura, al igual que lo es ver en las proximidades de Toledo a personajes reales de Alcalá o Madrid, como Tirsi (Figueroa), Damón (Laínez) y Lauso (Cervantes), si nos queremos salir de la estricta convención bucólica. De este modo, la realidad contemporánea se mete dentro del mundo pastoril sin fisuras, ya que, como dice Teolinda: “tenéis hoy en vuestras riberas a los dos nombrados y famosos pastores Tirsi y Damón, naturales de mi patria; a lo menos Tirsi, que en la famosa Compluto (Alcalá), villa fundada en las riberas de nuestro Henares, fue nacido. Y Damón, su íntimo y perfecto amigo [...], en la nombrada Mantua Carpentanea (Madrid) fue criado” (II, 95-96). Para que no haya dudas, ni engaños sobre la

³ Sobre la utilización convencional del espacio y el tiempo bucólicos en la novela de Cervantes, vid. Aurora EGIDO, “Topografía y cronografía en *La Galatea*”, en *Lecciones cervantinas*, Zaragoza, 1985, pp. 49-93.

dimensión real de estos personajes, se incluyen dentro de la *Galatea* los primeros versos de algunos poemas de Francisco de Figueroa (II, 106-107), y se insiste a menudo en “la discreción y sciencia de Tirsi y Damón” (IV, 228), que figuran no sólo como poetas bien conocidos dentro y fuera de España, sino también como sabios discretos de quienes, a causa de su “estremada sciencia y sabiduría cuestiones de mayor importancia pueden bien fiarse” (III, 197). A la amistad de estos dos “famosos pastores”, constatable desde 1562, se une la de Cervantes y Pedro Laínez, esto es, “Lauso de Damón, de quien era antiguo y verdadero amigo” (III, 196), igualmente cierta, ya que, por ejemplo, nuestro autor viajó a Esquivias en 1584, para gestionar la publicación de las poesías de Laínez, que acababa de morir, con su viuda, Juana Gaitán. Además, se ha identificado a Meliso con Diego Hurtado de Mendoza, a Larsileo con Mateo Vázquez y a Astraliano con Juan de Austria⁴.

Con todo, los personajes de carne y hueso que verdaderamente tienen una incidencia en este ámbito eclógico son Tirsi, más que ninguno, Damón, en segundo término, y finalmente, Lauso, en mucha menor medida. Esto es, Figueroa, Laínez y nuestro autor. Y ello porque, como decía Cervantes en el prólogo, estos “disfrazados pastores” son necesarios para expresar con verosimilitud las “razones de filosofía” amorosa de la *Galatea*. Por eso, el debate intelectual más destacado se pone en boca de Tirsi y de Lenio (IV), que argumentan a favor y en contra del amor, respectivamente, al modo de una discusión de cenáculo poético, como si se encontrasen en una academia literaria de la época, para que ningún lector tenga dudas sobre la realidad coetánea de ambos. Lo cual no es raro en el caso de Tirsi, ya identificado así reiteradamente, de quien se dice que “la crianza del nombrado Tirsi no ha sido entre los árboles y florestas, como tú imaginas, sino en las reales cortes y conocidas escuelas” (IV, 257). Pero sí es más chocante en el caso de Lenio, “el desamorado”, pastor de las riberas del Tajo tan bucólico como Elicio, de quien, no obstante, se dice que “los más floridos años de su edad gastó, no en el ejercicio de guardar cabras en los montes, sino en las riberas del claro Tormes, en loables estudios y discretas conversaciones” (257), palabras que indican con claridad que Lenio había sido estudiante en la Universidad de Salamanca. De este modo, la realidad se introduce incluso entre los pastores sujetos a la convención eclógica, que, como en este caso, parecen haber adoptado el hábito pastoril después de una vida escolar y urbana ajena a él.

La discusión amoroso-filosófica entre Lenio y Tirsi, que “de más que de pastores parece” (258), sigue de cerca algunos textos clásicos de filografía, como *El cortesano*, de Castiglione y los *Diálogos de amor*, de León Hebreo, mucho más de cerca el *Libro di natura d'amore*, de Equicola, y llega hasta el plagio explícito de *Los Asolanos* de Pietro Bembo, traducidos al castellano en 1551, precisamente en Salamanca, donde dice Elicio que estudió Lenio, que es, harto significativamente, el personaje que reproduce al pie de la letra varios fragmentos de Bembo, ¿A qué se debe este plagio? ¿Es que Cervantes se desentiende de la originalidad y reproduce, sin más, el diálogo del humanis-

⁴ Para estas cuestiones son fundamentales los trabajos de Geoffrey STAGG, “A Matter of Masks: *La Galatea*”, en *Hispanic studies in Honour of Joseph Manson*, Oxford, The Dolphin Book, 1972, pp. 255-267; y F. LÓPEZ ESTRADA, “Introducción” a su ed. de *La Galatea*, Madrid, Cátedra, 1995, p. 69 y ss.

ta italiano? ¿No le preocupa la evidencia del plagio de un texto traducido al castellano en la principal ciudad universitaria de España? Y, sobre todo, ¿por qué sitúa allí, en Salamanca, los estudios de Lenio, cuando la relación central de la novela se establece con Alcalá de Henares, sede de la otra gran Universidad española de la época? ¿Por qué no dice haber llevado a Lenio a Compluto? ¿Quiere establecer un debate académico entre las dos universidades?

Podríamos pensar que el novel escritor se despreocupa de las cuestiones teórico-amorosas y se limita a copiar, en ese caso, el texto autorizado que mejor se ajusta a sus intenciones. Pero no es así. Las preguntas son muchas, porque el plagio⁵ es demasiado evidente como para que pudiera pasar desapercibido, y menos en el círculo de amigos de Cervantes, en el mismo círculo en que la novela se gesta y algunos de cuyos componentes entran a formar parte de la *Galatea*, y cuyo mentor y principal miembro era, sin duda, Figueroa, el paisano de nuestro autor, el también alcalaíno Francisco de Figueroa, que figura dentro del texto como “el divino”, al igual que lo hacía fuera de sus páginas, y era, precisamente, un admirador y seguidor expreso de Bembo. Probablemente, esta admiración sea la causa del plagio, que no hace otra cosa que definir la poesía de Figueroa indirectamente, como una clave que todos los miembros de este grupo de poetas y amigos conocían.

Y es que —por decirlo con palabras de una estudiosa del poeta complutense⁶—: “la capacidad sincrética de Figueroa sostenida por la propia cohesión interna de la tradición, es el resultado, por lo que al aspecto temático concierne, de un conocimiento profundo de los *Asolani*, texto guía que [...] enseña al escritor a conducirse por el buen camino de amor y a convertirlo, a través de la escritura, en el medio de demostrar su ingenio [...] La experiencia de Tirsi conocida por Lenio, a través de sus obras, puede ser testimonio, una vez más, de la lectura de *Asolani*, donde Figueroa encuentra teorizados, en una distribución interna progresiva, los núcleos temáticos presentes en el *Canzoniere* [...] La interpretación de estos núcleos temáticos realizados por Bembo le facilitaron a Figueroa la comprensión de las conexiones intertextuales de los *Fragmenta* de Petrarca e, incluso, la interdependencia en toda su obra”.

No se trata, pues, del plagio de un inexperto escritor que acumula diferentes materiales como puede, sino del reconocimiento expreso de la deuda de Figueroa con Bembo, en una obra en la que el complutense ocupa un lugar central, junto con Laínez. Y es que los dos, sobre todo Tirsi, cumplen una función directora en el texto. Una vez reconocidas su *autoridad* y sabiduría por los demás pastores, esto es, dentro de la ficción bucólica, y una vez identificados como seres de carne y hueso por los lectores, esto es, fuera de la convención pastoril, ya en la realidad externa, se convierten, dentro y fuera, en interlocutores fundamentales a cuyos juicios se someten todos y que, por lo tanto, condicionan y dirigen las acciones de los pastores y, al mismo tiempo, las interpretaciones de los lectores. El sistema, aunque todavía en esbozo, aún en sus inicios, falto de un desarrollo coherente, a consecuencia de que Tirsi no logra independizarse, porque va siempre acompañado de varios pastores, con todo, implica un ensayo acerca de las funciones del interlocutor que en-

⁵ Vid. G. STAGG, “Plagiarism in *La Galatea*”, *Filologia Romanza*, VI (1959), pp. 255-276.

⁶ Mercedes LÓPEZ SUÁREZ, “Introducción” a su ed. de Figueroa, *Poesía*, Madrid, Cátedra, 1989, pp. 56-57.

contrará su plenitud en el *Quijote*, *El coloquio de los perros* y *El Persiles*. Las intuiciones del novel Cervantes apuntan ya con brillantez.

El hecho es que Tirsi (y en menor medida Damón), conocido por todos, reconocida su autoridad, adopta de inmediato un papel de interlocutor principal, y ya en el relato de Silerio, dice el texto que “todos los demás pastores le rogaron que la ocasión de su tristeza les contase, especialmente Tirsi, que con eficaces razones le persuadió” (II, 115). Comenzada e interrumpida la narración de Silerio, “viendo Tirsi que su venida había puesto silencio al cuento de Silerio, le rogó [...] acabar el comenzado suceso” (II, 136). Pero no se limita a animar al narrador para que prosiga su relato, sino que también, como buen interlocutor, critica algunos de sus defectos, junto con su amigo: “Hiciéraseles de mal esto a Tirsi y Damón, si no les dijera Elicio...” (III, 151). Al acabar el relato, “los pastores le consolaron (a Silerio) lo mejor que pudieron, especialmente Damón y Tirsi, los cuales con muchas razones le persuadieron a no perder la esperanza de ver a su amigo Timbrio” (III, 159). Cuando aparecen Orompo, Orfenio, Crisio y Marsilio, dice el texto que “habían puesto deseo a Tirsi y a Damón de conocerlos” (III, 166), y que aquellos y otros, “todos con admiración miraban a los dos pastores Tirsi y Damón, hasta allí dellos solamente por fama conocidos” (III, 167). Cuando los cuatro pastores van a iniciar la representación de su égloga, se menciona, entre otros fines, el de “satisfacer el deseo que Tirsi y Damón tenían de escucharles” (172); y, una vez acabada la égloga, “dejando satisfechos de su discreción a todos los que escuchado los habían, especialmente a Damón y a Tirsi” (III, 192), los cuales interpretan “que más que de pastoril ingenio parecían las razones y argumentos que para salir con su propósito los cuatro pastores habían propuesto”, sugiriendo que también los cuatro pastores mencionados parecen serlo sólo en el hábito pastoril, aunque sin mayores aclaraciones. En fin, los ejemplos de esta índole prosiguen hasta el final de la novela, destacando siempre la señalada función interlocutora de ambos personajes reales, de Figueroa, sobre todo, y de Laínez.

Su condición de poetas verdaderos de finales del XVI, y el hecho de que estén presentes siempre en los momentos claves, demuestra además un interés concreto de la obra por la realidad contemporánea en la que ellos se mueven. No en vano son, por ejemplo, precisamente Tirsi, Damón, Lauso (Figueroa, Laínez, Cervantes) y Elicio (en este contexto, las resonancias garcilasianas de su nombre adquieren mayor relevancia) los encargados de cantar las alabanzas de Meliso, de don Diego Hurtado de Mendoza, y es, en concreto, Tirsi, como era de esperar, el encargado de empezar y acabar el canto de los cuatro en loor del afamado vate (VI, 337-343).

Figueroa y Laínez aparecen, además, como “conocidos amigos y familiares” (336) de Hurtado de Mendoza, que a su vez es considerado “honor y gloria de nuestras riberas”, y es objeto de las célebres exequias dirigidas por Telesio. De este modo, los tres poetas se hermanan en su calidad de representantes principales de la poesía española de la época, junto a Garcilaso, Boscán, Castillejo, Torres Naharro, Aldana y Acuña, todos ellos mencionados por Calíope, que lleva a cabo una rotunda exaltación nacionalista y poética de España, y, más en concreto, de Castilla, de las riberas del Tajo, donde todo tiene su centro. La prueba de ello es que Calíope se compromete: “en pago del beneficio que a las cenizas de mi querido y amado Meliso habéis hecho, de hacer siempre que en

vuestras riberas jamás falten pastores que en la alegre ciencia de la poesía a todos los de las otras riberas se aventajen” (VI, 346). El panegírico, en consecuencia, es doble, simultáneamente español y castellano, porque si el famoso *Canto* de la ninfa abarca el conjunto hispano de uno y otro lado del Atlántico, y defiende que “cada uno de los que [...] ha nombrado al más agudo extranjero se aventaja” (VI, 381), en clara afirmación de nacionalismo español, al mismo tiempo, como hemos visto en la mención precedente, dentro de las diversas “riberas”, concede la prioridad a las del Tajo, el río castellano. De ahí la comentada y consciente imbricación con el garcilasismo y con su dorado río de esta novela, que busca fundirse en el entorno e identificarse con el príncipe de la poesía castellana, de quien los actuales Figueroa y Laínez son y quieren ser la continuidad, por lo que se encuentran en sus poéticas riberas.

El *Canto de Calíope* no disuena demasiado a causa del castellanismo de la *Galatea*, en virtud del cual su inserción se justifica plenamente como la ampliación a toda España de dicho nacionalismo poético castellano, previamente asentado⁷ en las riberas garcilasianas con solidez. Porque lo cierto es que los ríos eran, como se sabe, en el Renacimiento, símbolos de nacionalismo. Basta con recordar *La profecía del Tajo*, de Fray Luis de León, (“a quien yo reverencio, adoro y sigo” —dice Cervantes en el famoso *Canto* aquí insertado—). El propio novelista, además, lo había interpretado así por estas fechas en su tragedia de *La destrucción de Numancia*, donde un río, también castellano, el Duero, recibe el encargo de proteger a los numantinos del asedio romano, hecho por la propia Madre España, que “trae un castillo en la mano”, y es el que primero acude a la llamada de socorro, reuniendo toda el agua de sus afluentes (“Con Orvión, Minuesa y también Tera, / cuyas aguas las mías acrecientan, / he llenado mi seno en tal manera, / que las usadas márgenes revientan”, I, vv. 449-452)⁸. Y, aunque no consigue sus propósitos, su exacerbada voz nacionalista vaticina las futuras glorias de España en la época de “el segundo Filipo sin segundo” (v. 512).

La afirmación poético-nacionalista hispana del *Canto de Calíope* encuentra su lugar adecuado en las castellanas riberas del río Tajo, que, a su vez, y sin solución de continuidad, agrupan un cenáculo de poetas y amigos del entorno complutense, esto es, del río Henares⁹, cuyas aguas desembocan, naturalmente, en el cauce garcilasiano. Se unen así en *La Galatea*, sin fisuras, nacionalismo poético español, castellanismo poético y afirmación lírica del núcleo madrileño-alcalaíno.

Las tensiones nacionalistas castellanas, de patria chica, afloran ya en un episodio harto ilustrativo, a este propósito: me refiero al rapto de Rosaura por Artandro, un caballero aragonés. Elicio y, significativamente, Damón, que están presentes, por primera vez en toda la novela hacen uso de la fuerza y de la violencia para impedir el robo, aunque no lo consiguen. Esta ruptura de

⁷ Vid. Marcel BATAILLON, “Relaciones literarias”, en *Suma cervantina*, Londres, Tamesis Books, 1973, pp. 215-232.

⁸ Todas las citas remiten a nuestra ed. del *Teatro completo* de Cervantes, Barcelona, Planeta, 1987.

⁹ Vid. Pilar FERNÁNDEZ-CAÑADAS de GREENWOOD, *Pastoral Poetics: The Uses of Conventions in Renaissance Pastoral Romances “Arcadia”, “La Diana”, “La Galatea”, “L’Astrée”*, Madrid, Porrúa, 1983, pp. 178-186.

los apacibles cánones bucólicos¹⁰ por parte de dos personajes muy señalados, uno de ellos real, que echan mano a sus cuchillos y hondas, encuentra todo su sentido realista y nacionalista cuando Damón dice que “han de nacer algunas pesadumbres y diferencias” del suceso, y Galatea, precisamente ella, la que da título a la novela, la enseña de ese mundo pastoril, que también está presente, dice que “eso fuera cuando Artandro residiera en Castilla; pero si él se encierra en Aragón, que es su patria, quedarse ha Grisaldo con sólo el deseo de venganza” (v. 308). Con estas palabras, Galatea, el personaje más representativo de estas riberas castellanas, pone el dedo en la llaga de unas dificultades insalvables, de carácter jurídico, legal, y, lo que má interesa, nacional. La separación nacionalista entre Aragón y Castilla, que se hace aquí expresa, incide en la acción narrativa, y acarrea la toma de partido antipastoril de estos ribereños en defensa de los suyos –Rosaura es del Henares–, lo que implica una concepción castellanista de las disputas pastoriles.

“La sin par Galatea, nuevo milagro de hermosura” (VI, 331) es el símbolo de este mundo del Tajo, que se define fundamentalmente por ella, porque ella lo habita y su presencia constituye “el valor del claro Tajo y su ribera” –en opinión de Elicio– (IV, 267), y de Figueroa, pues para él: “estas riberas [...] son en las que la hermosa Galatea apascienta su ganado”(II, 101). Galatea, en efecto, al decir de todos, es el personaje más querido, el más apreciado, el símbolo incuestionable, en fin, de las riberas –no se olvide el nacionalismo de los ríos– del Tajo-Henares. De ahí que sus palabras sobre el rapto de Rosaura sean muy significativas, porque ella es la abanderada del ámbito castellano. Por eso mismo adquiere una trascendencia definitiva, concluyente, el final de la novela, cuando un suceso inesperado, también de significado nacionalista, pone en peligro la libertad de elección amorosa de esta pastora.

Cuando Laínez encuentra desmayado a Elicio, y éste le cuenta cómo Aurelio, padre de Galatea, quiere casarla con “un pastor lusitano que en las riberas del blando Lima gran número de ganado apascienta” (v, 302), nos encontramos con que el personaje más representativo de este arcádico mundo pastoril también se ve afectado por las intromisiones de la cruda realidad ajena a sus convenciones. Ni siquiera Galatea está a salvo de las presiones de la sociedad áurea contemporánea, porque su autonomía individual se ve coartada por el dinero abundante del portugués, que va unido a la imposición del autoritarismo paterno, como en tantas comedias barrocas. Pero no se detiene ahí la gravedad del problema, puesto que, al indagar Elicio, Aurelio dice que el matrimonio se debe al mandato de la más alta jerarquía política de ese mundo, dado que “el rabadán mayor de todos los aperos se lo mandaba” (v. 302). Y, ¿quién puede ocupar la más alta magistratura del poder hacia 1585? Obviamente, el rey, “el segundo Felipe sin segundo”. Ya Rodríguez Marín lo interpretó así: “Éste, *arcádico more*, no era sino el rey Felipe II; Lope de Vega (y como cito un ejemplo podría citar muchos) decía en su romance a las bodas de Felipe III con doña Margarita: El *gran Rabadán* al reino / vino de Valladolid/ con galanes labradores / y más floridos que abril”¹¹.

¹⁰ Sobre la importancia de la violencia como quiebra de la pastoral en la novela, vid. J. R. STAMM, “La Galatea y el concepto de género: un acercamiento”, en *Cervantes, Su obra y su mundo*, Madrid, 1981, pp. 337-343.

¹¹ Francisco RODRÍGUEZ MARÍN, *Luis Barahona de Soto. Estudio biográfico, bibliográfico y crítico*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1903, p. 119.

Felipe II, a la sazón sólo preocupado por la anexión de Portugal, cuya Corte lisboeta había negado a Cervantes el reconocimiento de sus muchos méritos militares, bien puede ser, en efecto, este “rabadán mayor” que quiere casar a Galatea, contra su voluntad, con un portugués rico, precisamente porque Galatea es el símbolo del río Tajo, del río castellano, es la bandera de Castilla, en suma. Así, desde luego, lo interpretan los pastores del Tajo, cuando se manifiestan dispuestos a utilizar la fuerza para impedir tal casamiento, y ayudar a Elicio y Galatea, más unidos que nunca, e incluso Tirsi ofrece el favor de “cuantos pastores hay en las riberas deste río y en las del manso Henares” (VI, 407), dispuestos todos a luchar contra “tan notorio agravio como el que se hace a todas estas riberas en desterrar dellas la rara hermosura de Galatea” (408). De este modo, pues, evidentemente antipastoril, Elicio “determinaba usar la fuerza y con ella ponerla (a Galatea) en su libertad” (409), la misma resolución que “tomaron luego todos los pastores” (409), con el fin de “no consentir que Galatea al forastero pastor se entregase” (411), dado que ella había manifestado que la llegada del portugués era “como si oyera la sentencia de su muerte” (408).

Los pastores del Tajo y del Henares, los pastores castellanos dejan de ser meros pastores convencionales y pacíficos para pasar a la acción violenta, si llegara el caso, con lo cual su nacionalismo se pone por encima de su pastorilismo, que se quiebra ante las presiones irrefrenables de aquél. La ruptura del mundo arcádico y dorado de la bucólica es ya definitiva, a causa de la irrupción dentro de él de la realidad más ingrata y dura, concretada en las presiones de la soberanía política, de la autoridad paterna y del poder del dinero. La reacción nacionalista es lógica, desde los parámetros de la realidad coetánea castellana, que se siente postergada por la primacía de Portugal, por las prebendas que se concedieron a los portugueses para facilitar la incorporación de su reino, antes reservadas para los castellanos: así, en todo caso, quiere verlo Cervantes, quizá por los agravios personales que padeció¹², a causa del desdén y la ingratitud con que fueron ignorados sus muchos méritos y padecimientos en defensa de la patria, para él consecuencia directa de la anexión de Portugal y de la prioridad excesiva concedida a ella, que postergó cualquier otro reconocimiento, al menos el suyo. Los castellanos del Tajo-Henares, en todo caso, no dejarán que un forastero portugués les haga “notorio agravio” y les despoje del más representativo símbolo de su identidad nacional, de Galatea, aunque para ello tengan que renunciar a su paz bucólica y aquietada. La cuestión, tal y como se plantea, afecta a la prioridad de Castilla y a la defensa de sus derechos contra Portugal. De ahí que las riberas del Tajo, sin dejar de ser pastoriles, reaviven su nacionalismo. Desde esta óptica, la clave real y realista de esta novela pastoril era imprescindible para que el castellanismo tuviera sentido pleno de identidad nacional sin dejar de ser, al mismo tiempo, un nacionalismo poético.

¹² Como sostiene Franco Meregalli, *Introducción a Cervantes* Barcelona, Ariel, 1992, p. 45, donde leemos lo siguiente: “No se necesita mucho esfuerzo para traducir los términos pastoriles: en nombre de la libertad de una mujer, un súbdito de Felipe II se declara dispuesto a oponerse violentamente a las órdenes del rey; y lo hace también para afirmar la autonomía de las riberas del Tajo, es decir, del río castellano. Hay aquí una evidente carga de resentimiento contra la política de Felipe II, que Cervantes consideraba demasiado favorable a Portugal, esa misma política a la que atribuía no haber recibido otros encargos de la corona”.

El Tajo y Garcilaso habían marcado la pauta. No se olvide que Salicio, el heterónimo del poeta toledano, el castellano, estuvo perdidamente enamorado de una Galatea que era, curiosamente, trasunto pastoril de una dama portuguesa, Isabel Freire, que les desdeñó (a Garcilaso y a Salicio) por otro. Es como si, en cierta manera, se invirtiese ahora la relación, y la castellana Galatea desdeñase al portugués en favor del castellano Elicio (el eco de Salicio es, en este caso, evidente). Desde esta óptica, la continuidad Tajo-Henares y Garcilaso-Figueroa adquiere mayor potenciación expresiva, puesto que se acentúa la unión de realidad, poesía y ficción bucólica en el señalado nacionalismo. Al remitirse al mundo garcilasiano como referente de estos sucesos de la novela, Cervantes pretendía que sus lectores entendieran su intención de unir Alcalá y Madrid con el Toledo garcilasiano, y el Henares con el Tajo, y la poesía de su círculo con la del toledano: de ahí la importancia de Tirsi, de Figueroa, el gran poeta de este cenáculo, ya denominado “el divino”. Y es que la obra de Garcilaso, la más celebrada e imitada por todos, brillante arranque de la nueva poesía española, era castellana. Es decir, era el referente ideal para proyectar sobre ella y así consolidar su nacionalismo castellanista, de patria chica, que pretendía “ofrecer los frutos de su ingenio a su patria y amigos” y dar cauce a “la abundancia de la lengua castellana” –como dice en su prólogo a los “curiosos lectores”–.

El sentimiento castellano se ve también apoyado, curiosamente, por la figura señera de don Diego Hurtado de Mendoza, el Meliso del texto, cuyas exequias conmemoran con unción casi religiosa todos los pastores del dorado Tajo; y digo curiosamente porque el celebrado poeta, humanista y embajador no era castellano, sino granadino. Con todo, Cervantes lo considera, literalmente, “honor y gloria de nuestras riberas”, y no sin motivos, dado que don Diego así lo había dado a entender en su epístola a Gonzalo de Luna, donde añoraba, con nostalgia originada por la lejanía inglesa en que se hablaba, la que decía ser su patria toledana:

¿Qué sirve ser nacidos en España,
en el templado reino de Toledo,
si habemos de morir en tierra extraña?

¡Oh riberas del Tajo allí en la puente,
Mariches, Madrigal o en Hatoquedo
a donde Dios os lleve brevemente!
Y a mí me deje ver presto a Toledo,
a donde tengo amigos y aun amigas
con quien hacer pesar a algunos puedo¹³.

Junto con esta *Carta a don Gonzalo*, donde nuestro poeta se dice toledano, su relación con la riberas garcilasianas aparece también la égloga *Melibeo-Damón*, que comienza así:

¹³ Diego HURTADO de MENDOZA, *Poesía completa*, ed. de José Ignacio Díez Fernández, Barcelona, Planeta, 1989, pp. 222-223. A partir de ahora, todas las referencias remitirán a esta ed.

En la ribera del dorado Tajo,
 cuando el sol tiene el cielo más ardiente
 y en la tierra sus rayos dan trabajo,
 orilla de una limpia y clara fuente
 vi cantar a Melibeo y a Damón... (67)

Los restos de don Diego, además, se hallaban en el ámbito castellano de la narración, dado que yacían en la Concepción Jerónima de Madrid, desde el 14 de agosto de 1575. No es de extrañar por tanto su imbricación castellanista, y menos si recordamos que su hermana era, nada más y nada menos, que doña María de Padilla, la celeberrima viuda de Padilla, el caudillo toledano del castellanismo más puro y duro, el líder de los comuneros, que empuñaron las armas para defender sus fueros, los de Castilla, contra la que juzgaron imposición de un rey extranjero, Carlos I. Es cierto que don Diego Hurtado de Mendoza fue uno de los hombres de confianza del emperador, su embajador en diferentes lugares, sobre todo en Italia, y que de su fidelidad al monarca no se puede dudar en ningún caso. Pero no es menos cierto que entre 1524 y 1531 visitó a su hermana María en su destierro portugués, donde residía desde que había escapado de Castilla, tras la condena a muerte de su marido, símbolo quintaesenciado de las libertades toledanas. Para el propósito de Cervantes, era además suficiente con recordar el emocionado epitafio que don Diego había escrito con ocasión de la muerte de su querida hermana, que rezaba así:

Si preguntas mi nombre, fue María.
 Si mi tierra, Granada; mi apellido,
 de Pacheco y Mendoza, conocido
 el uno y otro más que el claro día.
 Si mi vida, seguir a mi marido;
 mi muerte, en la opinión que él sostenía.
 España te dirá mi calidad,
 que nunca niega España la verdad. (84)

El sentimiento contenido de este hermoso epitafio no deja lugar a dudas sobre la simpatía del poeta hacia la causa de su hermana, por más que él mismo no la siguiera. Diego Hurtado de Mendoza, el continuador más egregio de Garcilaso, el gran humanista y diplomático, podía, pues, vincularse muy bien con el castellanismo de *La Galatea*. Así, al menos, lo entendió Cervantes, y así lo hizo.

Una vez ubicados en este contexto, no es casual el enfrentamiento, que apuntábamos anteriormente, de los pastores castellanos Elicio y Damón (con Galatea de posterior y lúcida comentarista) contra los esbirros del caballero aragonés Artandro, cuando éste rapta por amor a Rosaura, pastora del Henares, delante de ellos. No es raro que los castellanos, contraviniendo los cánones pastoriles, saquen sus cuchillos, primero, y sus hondas, después, para luchar contra los aragoneses; y menos si nos damos cuenta de que el mismo año de publicación de la novela cervantina, “las relaciones oficiales de las instituciones aragonesas con la monarquía se encontraban bajo mínimos”, hasta el extremo de que “la acumulación de problemas en Aragón estaban po-

niendo en peligro la seguridad y reputación de la Monarquía¹⁴. El enfrentamiento de los aragoneses con el centralismo castellano había llegado a su grado más alto y peligroso. Las cortes aragonesas convocadas en Monzón en 1585, reflejo de estas tensiones, no acabaron de solucionar los graves problemas, que afectaban, entre otros, a las pretensiones castellanas de hacerse con Albarracín, Teruel y el condado de Ribagorza. Y digo castellanas, y no sólo de la monarquía, porque el poder lo ostentaba entonces Mateo Vázquez, cabeza del llamado partido castellanista. En este ambiente, no hay duda del significado político y real que alcanzan las alusiones de apariencia bucólica de *La Galatea*.

Y más si pensamos que en dichas cortes enferma y muere Antonio de Eraso, uno de los más poderosos secretarios de Felipe II, aliado de Mateo Vázquez y, por ende, del conde de Chinchón, noble sobre el que recaía, por cierto, la responsabilidad principal del descontento aragonés. Antonio de Eraso, a quien Cervantes se había dirigido en carta el 17 de febrero de 1582, solicitando una plaza vacante en Las Indias, y comunicándole además que, por entonces, se entretenía: “en criar a Galatea, que es el libro que dije a vuestra merced estaba componiendo. En estando algo crecida, irá a besar a vuestra merced las manos y a recibir la corrección y enmienda que yo no le habré sabido dar”. Antonio de Eraso, amigo de Cervantes, que había firmado el privilegio real que permitía la impresión de *La Galatea*, el 22 de febrero de 1584.

Pero la cuestión aragonesa, aunque importante, no es la fundamental, dado que la novela alude a ella en uno de sus relatos intercalados, y se limita a constatar el enfrentamiento, a partir de un rapto de amor, entre castellanos y aragoneses. Es cierto que toma partido por Elicio y Damón, por los pastores del Tajo, y denuncia la violencia del robo que realiza el aragonés, pero no es menos cierto que la ambigüedad del comportamiento de Rosaura, la pastora del Henares, puede explicar la actitud de Artandro, al menos en parte. Suponer que la clave pastoril identifica a Rosaura con Albarracín o Teruel sería, sin duda, excesivo.

Ahora bien, no hay duda del castellanismo que implica este episodio, y ello, aparte los sentimientos individuales de Cervantes, naturalmente identificados con su patria chica, nos lleva a analizar sus relaciones con Mateo Vázquez, el todopoderoso secretario del rey Felipe II, que lideraba un partido, un grupo de poder, dentro de la corte real, definido por los historiadores precisamente como “castellanista”¹⁵ y en el que militaba, por ejemplo, Antonio de Eraso. A Mateo Vázquez dirigió nuestro autor su conocida *Epístola*, en solicitud de favor para que el rey Felipe acabara de una vez con el cautiverio argelino y conquistara la ciudad norteafricana. Y aunque hoy se duda de su autenticidad, no por ello deja de servir para documentar la existencia de las relaciones apuntadas. Porque no hay duda, en todo caso, sobre la *canCIÓN* que Lauso, esto es, Cervantes, dirige a Mateo Vázquez, es decir, Larsileo, dentro de *La Galatea*, y que recuerda oportunamente Damón, o sea, Pedro Laínez:

¹⁴ En palabras de Santiago Fernández Conti, “La nobleza cortesana: don Diego de Cabrera y Bobadilla tercer conde de Chinchón”, en José Martínez Millán (dir.), *La corte de Felipe II*, Madrid, Alianza Editorial, 1994, pp., respectivamente, 246 y 249.

¹⁵ Así lo hace J. Martínez Millán en varios trabajos del interesante volumen publicado bajo su dirección y denominado *La corte de Felipe II*, Madrid, Alianza Editorial, 1994.

“una canción que compuso y envió al famoso Larsileo que en los negocios de la corte tiene larga y ejercitada experiencia” (IV, 221). Cervantes buscaba y deseaba el favor, el patronazgo, del poderoso secretario¹⁶, que había cimentado su poder, como heredero político del cardenal Espinosa, ganándose no sólo el favor y la confianza de Felipe II, sino también utilizando una considerable baza que tenía en sus manos: me refiero al libro de su benefactor, Espinosa, en el que el cardenal, mientras fue el privado del rey, había apuntado todos los nombres de su patronazgo, es decir, todos los nombres de quienes le debían favores y prebendas, que eran multitud. El poder que la información contenida en dicho libro de notas supuso fue decisivo¹⁷. Mateo Vázquez le debió buena parte de su inmensa ascendencia política. Cervantes, en consecuencia, no andaba descaminado cuando buscaba su ayuda para conseguir una sinecura, acuciado por la penosa situación económica en que se encontraban tanto él como su familia, que había gastado sus exiguos bienes para reunir el dinero de su rescate, y ni siquiera lo había logrado en su totalidad.

Posiblemente, la dedicatoria de *La Galatea* a Ascanio Colonna no sea ajena a estas cuestiones de patronazgo, y, al margen de que Cervantes pudiera haberlo conocido cuando estuvo en Roma al servicio de monseñor Acquaviva y de que fuera señor de su amigo Luis Gálvez de Montalvo, el autor de *El pastor de Filida* (1582), novela pastoril que, por cierto, sitúa su acción también en las riberas castellanas. Y es que Ascanio era hijo de Marco Antonio Colonna, por aquellas fechas virrey de Sicilia, que hacia 1580 se había acercado a la amistad y al partido de Mateo Vázquez en busca de su apoyo, ante los problemas internos sicilianos que le acosaban¹⁸.

Pero no se trataba sólo de una cuestión de patronazgo, porque Cervantes coincidía personalmente con algunas de las posturas políticas de su protector, sobre todo por lo que se refería a su común rechazo de la anexión de Portugal, que no contó con el apoyo de Mateo Vázquez, a causa de que los enormes gastos que originó obligaron a desatender otros asuntos políticos de importancia, tradicionalmente priorizados por la monarquía castellana, como la situación del norte de África, y, en concreto, la existencia del cautiverio de Argel, que dolía particularmente a nuestro autor, ya que la había sufrido en carne propia. El rey Felipe II, con el objeto de ganarse el apoyo de los nobles portugueses, repartía ingentes cantidades de dinero entre ellos, y postergó a los castellanos, que, por esa razón, entre otras meramente nacionalistas, no vieron con buenos ojos la incorporación de Portugal a la corona española. Cervantes, por su parte, molesto a causa del olvido en que yacían sus servicios militares a España, se sintió igualmente perjudicado. Si a ello añadimos

¹⁶ Este es el objeto de una investigación que he realizado y en la que todavía me quedan algunos cabos por atar, pero que cuya importancia me parece decisiva para explicar diversas zonas oscuras que aún empañan la vida de Cervantes a su regreso del cautiverio y cuya iluminación nos ofrece algunas claves básicas sobre la obra literaria que el escritor realizó por estas fechas.

¹⁷ El libro ha sido encontrado y publicado por J. Martínez Millán. Vid., además de *La corte de Felipe II*, ya citado, *Instituciones y elites de poder en la monarquía hispana durante el siglo XVI*, Universidad Autónoma de Madrid, 1992. Asimismo, es fundamental la consulta de Albert W. Lovett, *Philip II and Mateo Vázquez de Leca: the Government of Spain (1572- 1592)*, Ginebra, 1977.

¹⁸ En 1580, en efecto, “Colonna reconstruía su red de apoyos cortesanos, recuperando su amistad con Mateo Vázquez”, en palabras de Manuel Rivero Rodríguez, “El servicio a dos cortes: Marco Antonio Colonna, almirante pontificio y vasallo de la monarquía”, en *La corte de Felipe II*, pp. 305-378, y en concreto, p. 372.

la experiencia de Argel, donde junto a su propio sufrimiento vio cómo padecían miles de cautivos españoles, comprenderemos las causas que le llevaron a buscar el favor de quien apadrinaba el partido denominado castellanista. Esa desmedida cantidad de dinero bien podía haber servido para organizar una armada que conquistara Argel y aliviara el dolor de los miles de españoles allí cautivos, en vez de utilizarse para los designios imperialistas del rey Felipe II.

La Galatea, obviamente, no es ajena a este entramado político, y su ya comentada actitud castellanista se explica, perfecta y simultáneamente, tanto desde los sentimientos individuales de Cervantes como desde su búsqueda del favor de Mateo Vázquez, dada la coincidencia de ambos en el rechazo político a la anexión de Portugal. Su nacionalismo castellano y antiportugués no resulta nada extraño, y menos si lo enfocamos desde la óptica de *Los tratos de Argel*, porque esta comedia ilumina con luz definitiva el asunto que nos ocupa.

SIGNIFICADO POLÍTICO DE *LOS TRATOS DE ARGEL*

El nacionalismo de *Los tratos* no es castellanista, sino directa y claramente español, pero desde él se explica perfectamente el castellanismo de la novela pastoril, porque concreta las razones fundamentales que, aparte del patronazgo de Mateo Vázquez, llevaron a Cervantes a rechazar la anexión de Portugal.

El nacionalismo de la tragicomedia es rotundo. De hecho, la merecida salvación de Aurelio y Silvia, los personajes más destacados de la obra, es la de unos seres adornados por un cúmulo ejemplar de virtudes, la de unos caballeros españoles que, como tales, cumplirán sin duda su palabra dada. Por eso los libera Hasán Bajá: “de darles libertad, un interese / se sigue tal, que dobla mi provecho: / que, como van sobre su fe prendados, / les pido los rescates tresdoblados” (IV, 2374-2377). Y es que, como añade cinco versos después, “de pérdida y ganancia es este juego”. Se trata, sencillamente, de ganar más dinero, sirviéndose, para ello, de los valores que acompañan siempre a los caballeros españoles, como han demostrado previamente “los dos caballeros Sosas”, don Francisco de Meneses y don Fernando de Ormazza, que ya han cumplido su palabra y, después de hallarse libres en España, han enviado al rey un rescate muy superior. Inmerso en este contexto colectivo, sentado el precedente por los demás caballeros, Hazán libera a Silvia y Aurelio, no por sus propios méritos personales, en consecuencia, sino por los que distinguen a su grupo social y nacional, a los nobles españoles.

La utilización mercantilista de los valores nobiliarios hispanos implica una indudable exaltación de las virtudes nacionales. Y es que no se trata sólo de una cuestión que afecte a los caballeros, sino de un nacionalismo total, completo, que se hace extensible a la generalidad de los españoles cautivos. Españoles son los más valientes, los más firmes en su fe cristiana, los más duros, los más arrojados, los más dispuestos a arriesgar su vida por la libertad, los que mejor soportan las torturas y más reniegan de la esclavitud:

¡No sé qué raza es ésta destos perros
 cautivos españoles! ¿Quién se huye?
 Español. ¿Quién no cura de los hierro [s]?
 Español. ¿Quién hurtando nos destr[uye]?
 Español. ¿Quién comete otros mil hierros?
 Español, que en su pecho el cielo influye
 un ánimo indomable [...] (IV, 2354-2359)

Estas palabras, puestas en boca del “rey”, Hasán Bajá, la más alta autoridad turca de Argel, resumen muy bien el significado marcadamente nacionalista de la obra. Españolismo colectivo que abarca a los 15.000 cautivos mencionados en la comedia y cuyo panegírico dista mucho de estar idealizado, por más que sí lo esté el caso de Aurelio y Silvia, que es sólo un caso, aunque muy destacado, pero un caso, al fin, dentro de la comunidad doliente de los españoles presos en la ciudad norteafricana, objeto verdadero de esta pieza dramática.

La visión que ofrece la obra del cautiverio argelino es totalmente realista, documental incluso, aunque españolista. De ahí que no oculte ni soslaye los comportamientos poco dignos de algunos hispanos. Porque lo cierto es que no todos los españoles son ejemplares, ya que, junto a los defensores a ultranza de su fe y de sus creencias, que son la mayor parte (Aurelio y Silvia, Sayavedra, Francisco, Sebastián, Pedro Álvarez, el padre, la madre, y otros sin nombre), hay algunos que han renegado de ella. El caso más llamativo a este respecto es, obviamente, el de Yzuf, destacado miembro de la comunidad musulmana de Argel, aunque su función dramática no se desarrolla en esta línea, pues cumple, como sabemos, el papel de moro principal enamorado, sin más. Frente a él, destaca el caso de Juan, el niño pequeño separado de sus padres y hermano en virtud del “trato feo”, que aparece después convertido en mahometano con el nombre de su amo, Solimán, ante la desesperación fraternal de Francisco (v. 1799 y ss.). Es la única transformación que se registra en escena, porque el otro caso que hay en ella, el de Pedro, es únicamente una simulación para sobrevivir con más comodidad, para “ser moro no más de en la apariencia” (2176). Este cautivo, por cierto, es un buen contraejemplo general, porque, además de jugar con las dos identidades religiosas, traiciona a Aurelio y Silvia por tres escudos y engaña a otro cautivo, simulando tener una barca preparada para la fuga, con el objeto de sacarle cuatro escudos.

En este tapiz nacionalista y colectivo el comportamiento inquebrantable de la mayoría se contrapesa con la debilidad de algunos, tanto en lo religioso, como en lo material, tanto en lo amoroso y sensual como en lo social y económico. Así, mientras Aurelio mantiene su firmeza ante los amores de Zahara, Leonardo, a la inversa, se huelga de tener por “amiga” a su “patrona” (I, 360). Nada se oculta, ni siquiera la mezquindad de los que, desde España, niegan su ayuda a los cautivos de su familia, mientras mercedarios, como fray Jorge del Olivar, y trinitarios como fray Juan Gil, el rescatador de Cervantes, ambos mencionados en el texto (IV, 2470-71), se desvelan por liberar la mayor cantidad de cautivos que pueden. Pedro Álvarez, que finalmente logra escapar hacia Orán gracias a la ayuda de un león, se ve obligado a intentar la arriesgada huida porque, muertos sus padres, “un hermano que tengo se ha entregado / en la hacienda y bienes que dejaron, / el cual es tan avaro que, aunque sabe / la esclavitud amarga que padezco, / no quiere dar, para librar-me della, / un real de mi mismo patrimonio”. (III, 1546-1550).

Cervantes, en fin, cuya experiencia propia vive en los padecimientos, torturas, sufrimientos, angustias, deseos de huida y ansias de libertad de los cautivos españoles de *Los tratos de Argel*, sostiene en su comedia un nacionalismo verista, sin concesiones ni escamoteos idealizadores, tolerante con las debilidades de los que tuvieron que sufrir, como él, ese “infierno puesto en el mundo”¹⁹ (I, 6), aunque defensor indudable y militante de las virtudes firmes del cristianismo y del españolismo aunados.

Tan marcado nacionalismo no impide un análisis lúcido de las causas políticas que permitían la existencia de 15.000 cautivos sometidos a tan “triste y miserable estado”, precisamente en el momento en que el imperio español llegaba a su cénit e incorporaba los dominios portugueses a su ámbito de poder.

Cervantes señala con nitidez la causa política que hace posible tan afrentosa vergüenza: la existencia misma de Argel frente a las costas españolas, puesto que, de no haber existido el refugio argelino, los corsarios berberiscos difícilmente podrían haber escapado de las galeras españolas, por muy veloces que fueran las suyas, y, sobre todo, los mercaderes no habrían dispuesto de un mercado estable y fijo, imprescindible para sustentar su rentable “trato” de cautivos. La causa fundamental del cautiverio era la existencia de la ciudad norteafricana bajo el dominio turco. Cervantes, que lo sabía muy bien, deja clara su postura a través de su homónimo Sayavedra, quien llora, literalmente, por la desafortunada expedición de Carlos V contra Argel, acaecida en 1541, derrotada finalmente por una tormenta que hundió 150 naos y 14 galeras:

Cuando llegué cativo y vi esta tierra
tan nombrada en el mundo, que en su seno,
tantos piratas cubre, acoge y cierra,
no pude al llanto detener el freno,
que, a pesar mío, sin saber lo que era,
me vi el marchito rostro de agua lleno.
Ofrecióse a mis ojos la ribera
y el monte donde el grande Carlo tuvo
levantada en el aire su bandera,
y el mar, que tanto esfuerzo no sostuvo,
pues, movido de envidia de su gloria,
airado entonces más que nunca estuvo.
Estas cosas volviendo en mi memoria,
las lágrimas trajeron a los ojos,
forzados de desgracia tan notoria. (I, 396-410)

Como dice Casaldueiro, “son las primeras lágrimas vertidas sobre la historia de España. Saavedra no llora por él, llora por la historia de España”²⁰. Más aún, son también las primeras lágrimas vertidas por la política presente de España hacia 1580, por la del rey Felipe II, que permite la existencia de ese inmenso presidio de cristianos. Y es que, hartado intencionadamente, el llanto de Sayavedra se produce inmediatamente después de que Leonardo mencionara la

¹⁹ Relacionado por Stanislav Zimic con el “infierno” de *La divina comedia*, de Dante, en *El teatro de Cervantes*, p. 38 y ss.

²⁰ Joaquín CASALDUERO, *Sentido y forma del teatro* de Cervantes, p. 225.

reunión de un inmenso ejército español a las puertas de Portugal: “el número cierto que ha pasado / de soldados a España forasteros, / sin los tres tercios nuestros que han bajado;/ los príncipes, señores, caballeros, / que a servir a Filipo van de gana / [...] / que en Badajoz hacer el rey pretende / de la pujanza de la Unión Cristiana” (381-389). Se trataba, efectivamente, de las fuerzas reunidas en 1580 para la conquista de Portugal, al mando del duque de Alba.

Ante esa mención de poderío militar, Sayavedra llora, cautivo junto a otros 15.000 en Argel, y pide al rey Felipe II que se acuerde de la existencia de la ciudad norteafricana y la conquiste:

[...] Alto señor, cuya potencia
 sujetas trae las bárbaras naciones
 al desabrido yugo de obediencia:
 a quien los negros indios con sus dones
 reconocen honesto vasallaje,
 trayendo el oro acá de sus rincones;
 despierte en tu real pecho coraje
 la desvergüenza con que una bicoca
 aspira de continuo a hacerte ultraje.
 Su gente es mucha, mas su fuerza es poca,
 desnuda, mal armada, que no tiene
 en su defensa fuerte muro o roca.
 Cada uno mira si tu Armada viene,
 para dar a los pies el cargo y cura
 de conservar la vida que sostiene.
 De la esquiva prisión, amarga y dura,
 adonde mueren quince mil cristianos,
 tienes la llave de su cerradura.

Haz, ¡oh buen rey!, que sea por ti acabado
 lo que con tanta audacia y valor tanto
 fue por tu amado padre comenzado. (420- 444)

El miedo de los moros ante estos preparativos militares para la conquista de Portugal está atestiguado por fray Diego de Haedo en su *Topographía e historia general de Argel*, cuando dice: “Después en el año del Señor 1579, y en el de 1580, siendo rey de Argel Asán Bajá Veneciano, renegado del Ochalí, con el temor muy grande que se tenía entonces de la armada muy poderosa, que la Majestad de don Felipe Rey de España juntaba con mucha gente y municiones en la Bahía de Cádiz, y otras partes del estrecho para Portugal. Y persuadiéndose los turcos de Argel que sin falta la armada se hacía contra ellos, el dicho Rey Asán hizo con mucha priesa fortificar este castillo, o por mejor decir la montañuela y lugar donde estaba” (Valladolid, D. Fernández de Córdoba y Oviedo, 1612, fol. 7r^o). La comedia vuelve a insistir más adelante en dicho miedo, que Cervantes debió notar entre sus guardianes cuando finalizaba su cautiverio. Azán Agá, en efecto, reúne el consejo, convoca a todos sus guerreros, los jenízaros a la cabeza, y manda llamar a Yzuf:

Hanse juntado a consejo
sobre que es averiguado
que el rey de España ha juntado
de guerra grande aparejo.
Dicen que va a Portugal,
mas témesse no sea maña;
y es bien que tema su saña
Argel, que le hace más mal. (II, 1146-1154)

Pero ni el temor de los argelinos, ni la precariedad de sus armas, ni la debilidad de sus defensas, ni siquiera, lo que es más importante, las peticiones dolientes y clamorosas de los miles de cautivos españoles que padecían bajo sus cadenas consiguieron modificar la política del “segundo Felipe sin segundo”, que dedicó todas sus fuerzas a la anexión de Portugal. Esta decisión podía ser políticamente acertada, o no. La comedia no entra en esa cuestión. Pero si lo era para la mayor parte de los españoles, no resultaba así para los que sufrían el cautiverio de Argel. ¿No hubiera sido mejor utilizar tantas energías militares para aliviar los padecimientos de los cautivos y estirpar, de una vez por todas, esa lacra lacerante de la piratería berberisca, que constantemente sangraba las costas del Levante español? Para el Cervantes de *Los tratos* no había duda alguna; para los miles de españoles presos en Argel, tampoco. Pero los designios políticos de la monarquía iban por otros derroteros. Los cautivos, de hecho, no recibieron más visitas redentoras, como el texto indica, que las de trinitarios y mercedarios, como fray Juan Gil y fray Jorge del Olivar. La cuestión del cautiverio había sido dejada, finalmente, en manos de las órdenes religiosas mencionadas. La acción militar se inhibía de dicho asunto. El significado político de la obra, en consecuencia, no por indirecto dejaba de estar menos claro: su reproche crítico se proyectaba sin paliativos sobre el inmenso poderío guerrero español que amenazaba Portugal, y cuya gloria se veía menoscabada por la absoluta indefensión en que, al mismo tiempo, dejaba a los cautivos de la ciudad norteafricana. De tan rotundo contraste surgía la censura. Juzgue, si no, el discreto lector. A esta luz, obvio es decirlo, el castellanismo antiportugués de *La Galatea* encuentra todo su sentido.

De hecho, no había actuado así Carlos V, cuya política, si no conseguido, había intentado al menos conquistar Argel, como recuerda oportunamente Sayavedra, cuando pide al hijo que acabe la labor comenzada por el padre. Pero el rey Felipe no atenderá a razones de esta índole. Cervantes, a la altura de 1583, cuando posiblemente escribió esta comedia²¹, lo sabía muy bien, pues juzgaba ya resultados, aunque la obra situaba su trama tres o cuatro años antes, para que aún pareciera posible alterar los designios militares del soberano. Pero no lo era. Por ello, desde esta óptica temporal, su crítica resulta aún más evidente: nuestro autor no estaba de acuerdo con las prioridades políticas del rey Felipe, ni con el diseño exclusivamente imperialista que las guiaba.

No es de extrañar, por tanto, que fuera sumamente tolerante con las debilidades de los cautivos, incluidas las suyas propias, dado que, en definitiva, fue-

²¹ En la autorizada opinión de Jean Cannavagio, *Cervantes dramaturge. Un théâtre à naître*, Paris, PUF, 1977.

na parte de la responsabilidad recaía sobre la política anexionista de Felipe II, completamente olvidada de las penalidades de los cristianos presos en Argel.

En este marco implícitamente crítico con las prioridades políticas de Felipe II, encuentra todo su sentido la mención de don Juan de Austria que hacen dos muchachos moros a Pedro Álvarez y a otro esclavo español, y que resume así la acotación que comienza le tercera jornada:

[...] les salen diciendo estas palabras, que se usan decir en Argel:

“Joan, o Juan, non rescatar, non fugir. Don Juan no venir; acá morir, perro, acá morir; don Juan no venir; acá, morir”.

Estas palabras indican el temor a don Juan de Austria que habían tenido los musulmanes norteafricanos, a causa de su victoria contra los moriscos de las Alpujarras, y, sobre todo, por ser el famoso vencedor de los turcos en Lepanto, así como las esperanzas que tales victorias contra moros habían producido en los cautivos, que debieron cifrar sus anhelos de rescate en el célebre general, hermanastro del rey. De ahí que su muerte en 1578, a juzgar por el texto, significara la pérdida de tales ilusiones de libertad. El carácter de símbolo liberador de don Juan de Austria, desgraciadamente perteneciente ya al pasado, sirve de pretexto zaheridor que los moros arrojan contra los cristianos, lo cual acentúa el sentido emblemático que la figura del general había tenido para los cautivos. Por eso mismo, esta mención de don Juan se proyecta contra la política de Felipe II, completamente olvidada de Argel. La figura de un hermano se contrasta con la del otro. La añoranza de don Juan significa un reproche contra el abandono del rey Felipe. En el fondo, aparte el enfrentamiento secular entre los dos hermanastros y aparte la predilección cervantina por don Juan de Austria, bajo cuyas órdenes había servido como soldado, y que le había escrito una carta de reconocimiento de sus méritos militares para su regreso a España; en el fondo, repito, late un hipotético enfrentamiento político entre ambos hermanos. Y, desde luego, la nostalgia de los cautivos por el desaparecido general indica sin duda sus preferencias y refuerza el reproche histórico y político que la obra dirige, bien que indirectamente, contra Felipe II y su imperialismo anexionista portugués. Si don Juan de Austria viviera, parece decir la obra, habría más esperanzas. No en vano, en *La Galatea* también se le menciona elogiosamente, denominándole “el valeroso y nombrado pastor Astraliano”.

Es verdad que uno de los cautivos justifica al rey Felipe por estar ocupado con los problemas de Flandes: “Vendrá su hermano, el ínclito Filipo, / el cual, sin duda, ya venido hubiera / si la cerviz indómita y erguida / del luterano Flandes no ofendiese / tan sin vergüenza a su real corona” (III, 1527-1531), pero dicha mención no es más que una disculpa coyuntural, traída por los pelos, que difícilmente viene a cuento, ya que el problema de fondo es la conquista de Portugal, y no Flandes, y que no tiene otro objeto que el de evitar que la crítica contra la política del rey Felipe II sea demasiado directa y obvia.

Así, con la habilidad suma que le había de caracterizar siempre, Cervantes proyecta sobre el momento de mayor auge del imperio español, sobre el cénit imperialista que significa la incorporación de Portugal y sus amplios dominios, toda la miseria doliente del inhumano cautiverio en el que padecían miles de españoles. En su visión amplia del mundo se dan la mano la cara y la cruz del imperio, su haz brillante y su envés miserable, para que el es-

pectador pudiera captar la realidad española de la época en toda su dimensión y contemplara cómo la historia oficial, espléndida, magnífica y dominante de la España áurea estaba indisolublemente unida a una intrahistoria humilde y penosa, oscura y carente hasta de la libertad más elemental, desgraciadamente protagonizada por miles de españoles sin historia –por decirlo en términos unamunianos–.

Con todo, los culpables fundamentales, qué duda cabe, eran turcos, moros y renegados, eran los corsarios argelinos, autores directos de los apresamientos y guardianes del cautiverio: “gente do bondad no mora”, que “no dio jamás palabra que cumpliese,/ como falsa, sin ley, sin fe y traidora” (1361-1363), cuyo único Dios era el “interese”, por lo cual, si no vislumbraba beneficios palpables, en vano era esperar “que por sola virtud bondad hiciese” (1366); “gente perra”, en fin, que inducía al “mancebo cristiano al torpe vicio” (1370) de la sodomía, intentaba convertirlo a la ley musulmana, le hacía objeto de continuas torturas, *et sic de caeteris*.

Cervantes, cuyas heridas aún sangraban, no había olvidado su dolor. Era pronto para el distanciamiento completo. De ahí que, con el fin de acentuar todavía más la responsabilidad total de los musulmanes argelinos, para que no hubiera duda alguna sobre quiénes eran los culpables del cautiverio, comparó a los mahometanos con el mito de la Edad de Oro. Huelga decir que salieron muy mal parados de la comparación. Desde esa óptica, los moros se convirtieron en representantes de cuanta inmundicia hay en el mundo, y su vileza se vio hartamente intensificada por el contraste entre sus actos despreciables y la perfección utópica del mito. Su codicia era consecuencia “de la avaricia [...] del oro que en la tierra se escondía / ocasión principal de nuestros males” (1330). La posesión de riquezas, España en la cercanía, había originado su envidia, y ésta “sembró la cruda y la mortal cizaña/ del robo, de la fraude y del engaño” (1335), les llevó a la guerra, y, a consecuencia de ella, muchos españoles perdieron su libertad.

Curiosamente, las palabras que Cervantes pone en boca de Aurelio comienzan utilizando un tono general, universal, que parece dirigirse en un primer momento al común de los mortales, pero que, poco a poco, se va concretando en la codicia particular de los moros argelinos, base del cautiverio. En principio, parece que los defectos forman parte de la naturaleza imperfecta de todo el género humano, pero pronto vemos que se trata de la degradación suma y concreta de los musulmanes, vista desde la perspectiva indudablemente española y cristiana de Cervantes. Frente a la abyección de los moros, Aurelio rememora el sueño del siglo dorado, y lo hace con palabras que lo emparentan con su religión cristiana y con su anhelada y querida patria: el verso “¡Oh cielo santo! ¡Oh dulce, amada patria!” (1373), con el que finaliza su soliloquio, establece una relación directa con el inicio del discurso, centrado en la órbita mitológica grecolatina de la edad de oro:

¡Oh sancta edad, por nuestro mal pasada,
a quien nuestros antiguos le pusieron
el dulce nombre de la *Edad dorada!* (1313-1315)

Los adjetivos *santo* y *dulce* establecen nexos indudables de semejanza entre el “santo cielo” cristiano y la “santa edad” mitológica, al igual que entre la

“dulce patria” y la “dulce edad dorada”; ambos términos identifican la realidad española con los ámbitos ensoñadores de la edad de oro, y originan una mitificación de España y de su fe, realzada por el brutal contraste que la enfrenta con la cruda y vil realidad del cautiverio berberisco. Nada más lógico, dado que esa visión mitificadora es la de un cautivo, Aurelio, cuya prisión le hace añorar la libertad de su patria como si de un sueño paradisíaco se tratase. El afán desmedido por retornar a la vida libre de antaño explica la identificación, porque en España, como en la fantástica edad de oro:

No sonaba en los aires la querella
del mísero cautivo, cuando alzaba
la voz a mal[decir su] dura estrella.
Entonces libert[ad] dulce reinaba
y el nombre odioso de la servidumb[r]e
en ningunos oídos resonaba. (1319-1324)

Ante la falta de apoyo político y militar, o lo que es lo mismo, ante la existencia ignominiosa de Argel, a los cautivos sólo les quedaba el amparo de Dios, para soportar sus penalidades sin cuento, y la añoranza del mito clásico, cuyo ensueño les recordaba la vida real de su patria. Años más tarde, otro héroe cervantino, el más característico de todos, volverá a recordar la utópica edad de oro, e intentará incluso actualizar el mito y reimponerlo “en esta nuestra edad de hierro”. Probablemente aún resonara en sus oídos el amparo que la mitológica edad había significado para los cautivos de *Los tratos*.

Los tratos de Argel, en fin, con su no por velada menos obvia censura de la política anexionista portuguesa del rey Felipe II, establecen la causa básica de dicha crítica cervantina, la cual, a su vez, ilumina de manera definitiva la rebeldía de los pastores del Tajo contra la imposición del “rabadán mayor de todos los aperos”, que quiere despojar a las riberas garcilasianas de su símbolo más preclaro, Galatea, en beneficio de un pastor lusitano. De este modo, con el problema de la incorporación portuguesa siempre al fondo, unos y otros, cautivos y pastores, desde ópticas y problemáticas diferentes, coinciden en el rechazo de una política anexionista e imperialista que posterga otros intereses vitales de España, sean castellanos o, simplemente, españoles, en beneficio de su ambición. Cervantes, así, de manera larvada pero evidente para el discreto lector, cuya libertad respetó siempre, expresa su rechazo contra la política de Felipe II, convencido de su error y apoyado, además, por el privado más poderoso del reino en aquellos momentos, Mateo Vázquez, padrino de la facción castellanista, cuyo favor deseaba ganarse nuestro escritor, acuciado por graves problemas económicos. Por fortuna, la búsqueda de un patronazgo no empañó nunca la agudeza visual de nuestro preclaro pretendiente en corte, que iniciaba por entonces la creación de su portentosa obra literaria.